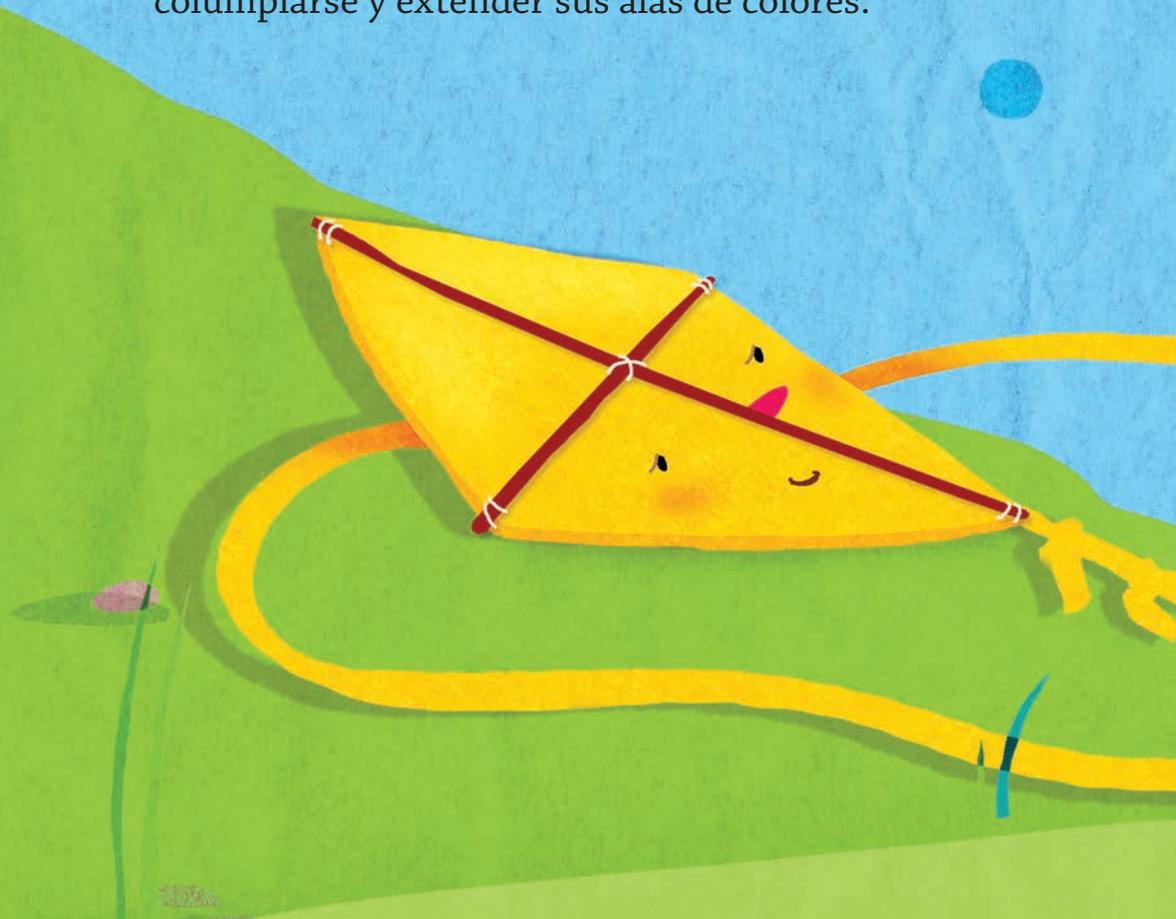
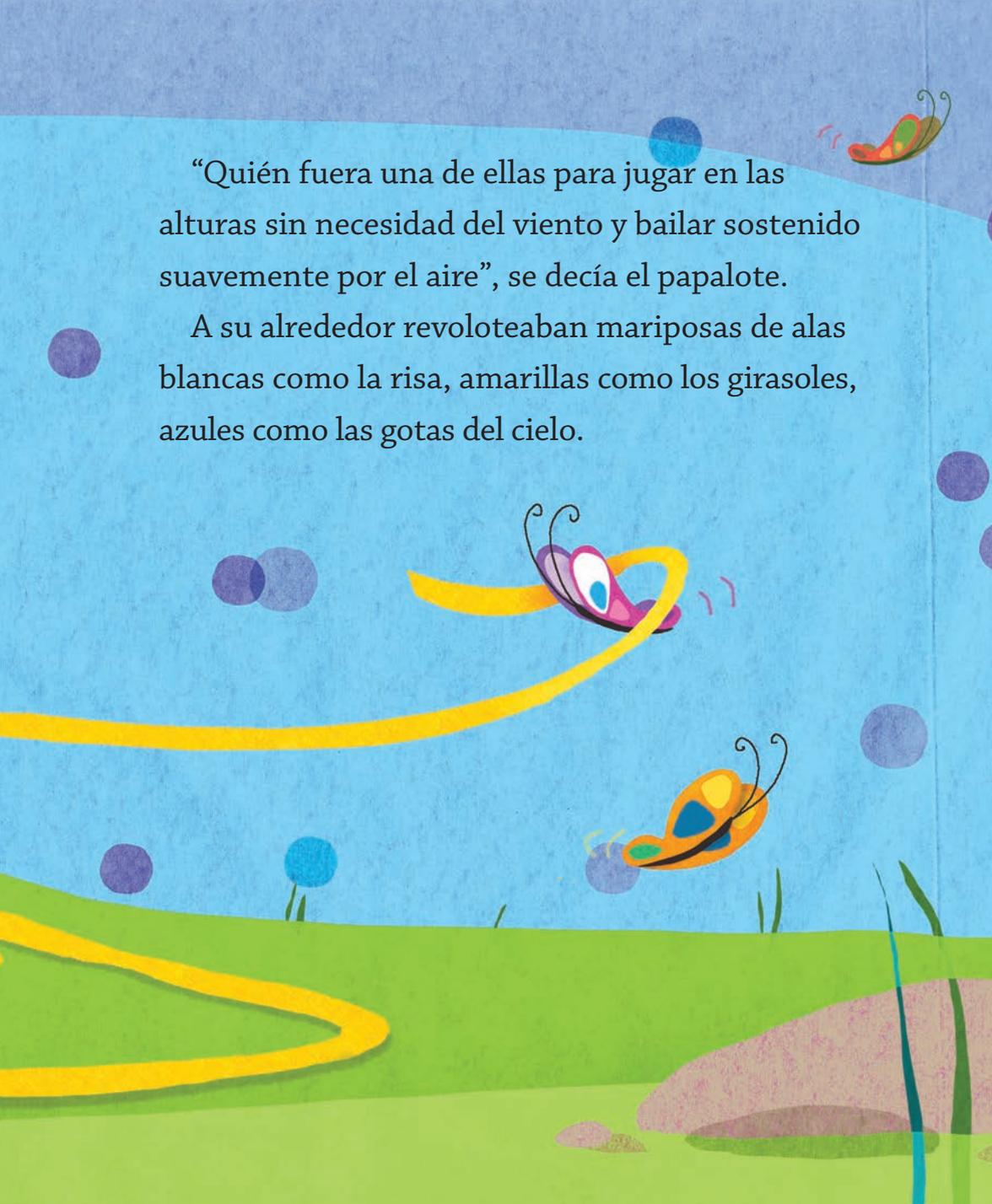


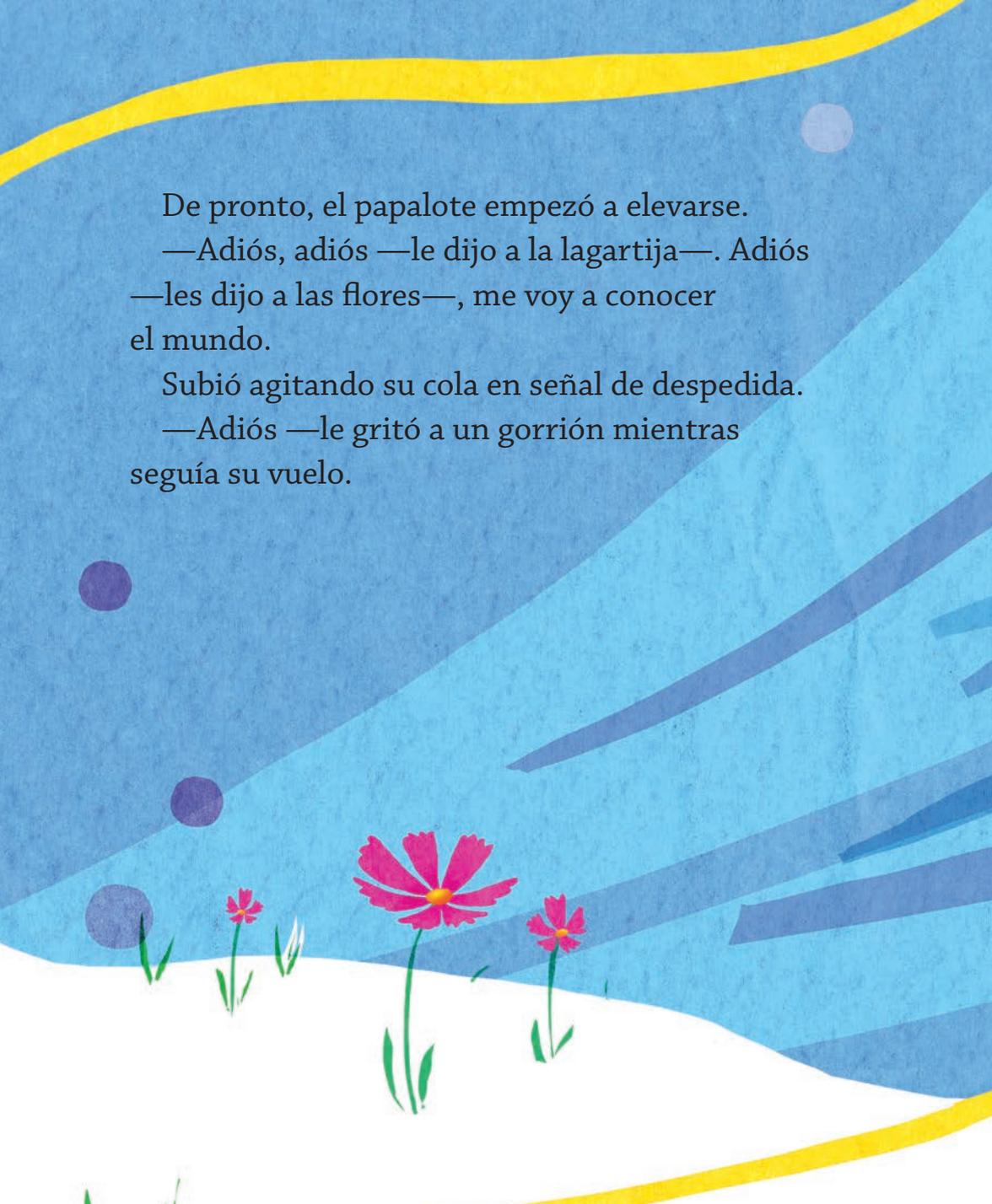
Allá arriba del monte no soplabá el viento.  
La hierba quieta y tiesa se alineaba como  
un ejército de soldados con sus rifles  
apuntando al cielo. El papalote descansaba  
en la tierra mientras veía a las mariposas  
columpiarse y extender sus alas de colores.





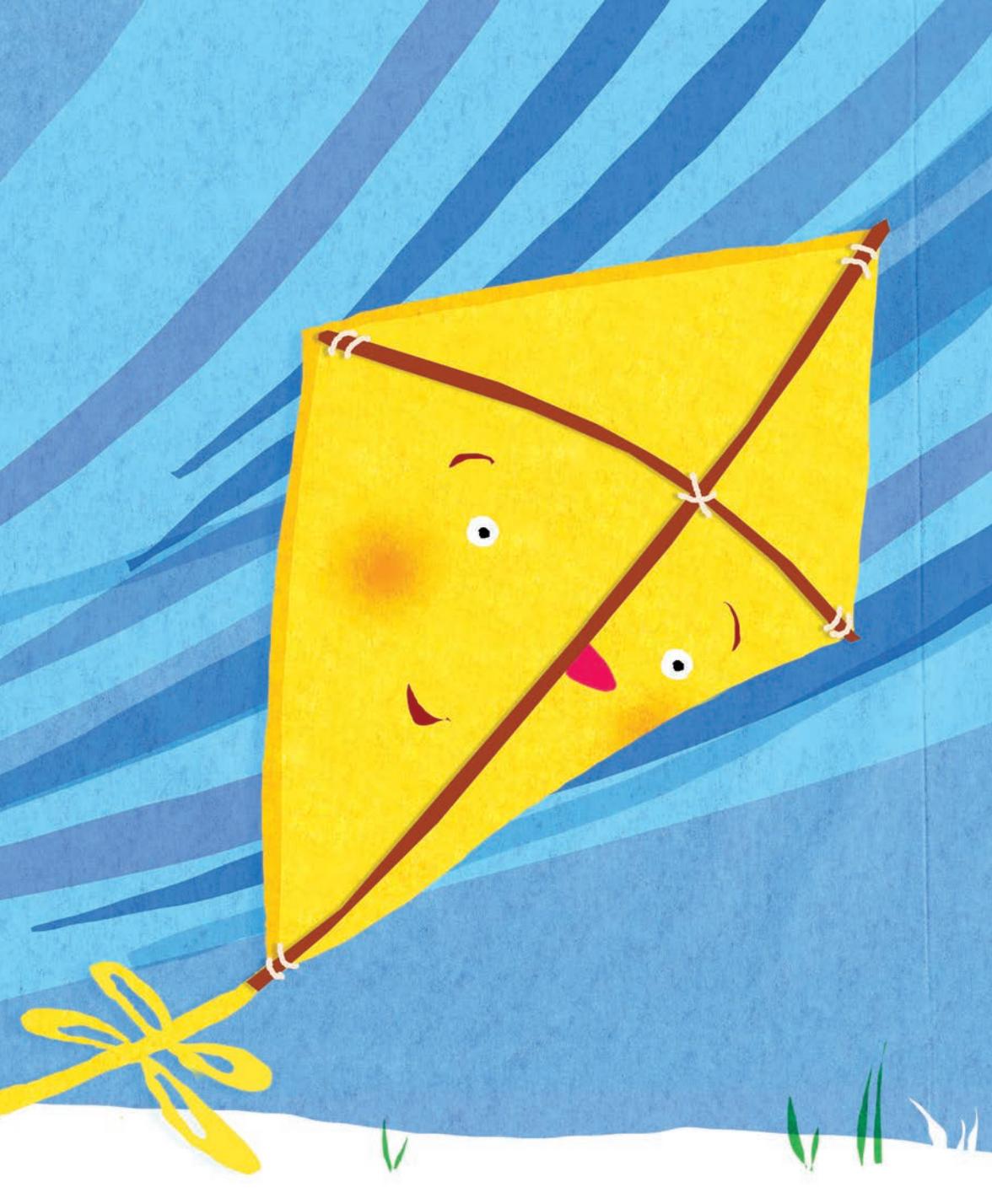
“Quién fuera una de ellas para jugar en las alturas sin necesidad del viento y bailar sostenido suavemente por el aire”, se decía el papalote.

A su alrededor revoloteaban mariposas de alas blancas como la risa, amarillas como los girasoles, azules como las gotas del cielo.



De pronto, el papalote empezó a elevarse.  
—Adiós, adiós —le dijo a la lagartija—. Adiós  
—les dijo a las flores—, me voy a conocer  
el mundo.

Subió agitando su cola en señal de despedida.  
—Adiós —le gritó a un gorrión mientras  
seguía su vuelo.



Miró hacia abajo y vio todo muy pequeño:  
las plantas y las flores se habían convertido  
en manchones verdes, a veces salpicados  
por puntos de colores como confeti.



El diminuto sonido de las campánulas y el aleteo de los insectos se perdió allá lejos conforme el papalote se elevaba.

